

VIGILADOS

WikiLeaks o las nuevas fronteras
de la información

Colección *Dossier del siglo XXI*

SUSANA DÍAZ
JORGE LOZANO (Eds.)

VIGILADOS

WikiLeaks o las nuevas fronteras
de la información

BIBLIOTECA NUEVA

siglo xxi editores, s. a. de c. v.

CERRO DEL AGUA, 248, ROMERO DE TERREROS,
04310, **MÉXICO**, DF
www.sigloxxieditores.com.mx

salto de página, s. l.

ALMAGRO, 38,
28010, **MADRID**, ESPAÑA
www.saltodepagina.com

editorial anthropos / nariño, s. l.

DIPUTACIÓ, 266,
08007, **BARCELONA**, ESPAÑA
www.anthropos-editorial.com

siglo xxi editores, s. a.

GUATEMALA, 4824,
C 1425 BUP, **BUENOS AIRES**, ARGENTINA
www.sigloxxieditores.com.ar

biblioteca nueva, s. l.

ALMAGRO, 38,
28010, **MADRID**, ESPAÑA
www.bibliotecanueva.es

VIGILADOS : WikiLeaks o las nuevas fronteras de la información / Susana Díaz
y Jorge Lozano (Eds.). – Madrid : Biblioteca Nueva, 2013

360 p. ; 21 cm

ISBN: 978-84-9940-549-0

1. Comunicación 2. Información 3. Periodismo 4. Cibernética I. Díaz, Susana,
ed. lit. II. Lozano, Jorge, ed. lit.

654

KNT

070

KNTJ

007

GPFC

Cubierta: Gracia Fernández

© Los autores, 2013

© Editorial Biblioteca Nueva, S. L., Madrid, 2013

Almagro, 38

28010 Madrid

www.bibliotecanueva.es

editorial@bibliotecanueva.es

ISBN: 978-84-9940-549-0

Depósito Legal: M-35.639-2013

Impreso en

Impreso en España - *Printed in Spain*

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs., Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN: 007 CONTRA EL DR. ASSANGE, por Susana Díaz	13
WIKILEAKS, UN ARCHIVO, por Jorge Lozano	33
WIKILEAKS, O DE LA SOBREENFORMACIÓN COMO DESINFORMACIÓN, por Susana Díaz y Jenaro Talens	51
1. Actualidad de <i>La carta robada</i>	53
2. De las dificultades de controlar toda la información.	58
3. De las paradojas de la «información» como género discursivo	61
4. Que todo cambie para que todo siga igual	67
WIKILEAKS, DISEMINACIÓN DE LA MEMORIA DEL PRESENTE Y ESTRATEGIAS DE MEDIACIÓN EN LA SOCIEDAD DE LAS MULTITUDES, por Juan Carlos Fernández Serrato	73
EL ESPECTÁCULO DE LA REVELACIÓN. AUTORREFERENCIALIDAD PERIODÍSTICA EN LA COBERTURA DEL «CABLEGATE», por Pablo Francescutti	97
1. Morfología de la primicia	99
2. Situación inicial y oponentes	100
3. Acude el héroe	103
4. El mandatario	106
5. El donante	107
6. Cumplimiento de tareas difíciles	109

7. Desenmascaramiento	111
8. Desenlace/recompensa	111
9. Destinatarios	115
10. Conclusión: autorreferencialidad para colonizar la Red	116
«EL CLUB DE LOS PERSEGUIDOS». JULIAN ASSANGE Y LA TELEVISIÓN COMO DENUNCIA, por Manuel de la Fuente	125
1. «El mundo del mañana» y la recuperación de la función fiscalizadora del periodista	129
2. El formato de la entrevista televisiva como vehículo para nuevas ideas	133
3. La lucha contra la hegemonía estadounidense como eje discursivo	140
4. Consideraciones finales	142
WIKILEAKS, CIBERTERRORISMO Y SISTEMAS DE SIGNIFICACIÓN, por Luis Veres	147
1. Sobre guerras, comunicación y lenguaje	147
2. Sobre WikiLeaks y el ciberterrorismo	155
ÉTICA DE LA VERDAD FRENTE A SECRETO DE ESTADO. DEL INFORME MCNAMARA A WIKILEAKS, por Miguel Catalán ...	173
1. Inversión de culpa y razón de Estado	173
2. Un proceso paralelo	176
2.1. Comisión de acciones ilegítimas por parte del gobierno	177
2.2. Revelación meditada del secreto culpable	182
2.3. Represalias gubernamentales y secreto de Estado	186
2.4. Responsabilidad informativa, respuesta ciudadana y desenlace judicial	191
WIKILEAKS: TRANSPARENCIA Y OPACIDAD MEDIÁTICAS. CANALIZACIÓN DE INFORMACIÓN E IMPACTO EN LA OPINIÓN PÚBLICA, por Guillermo López García	197
Introducción: WikiLeaks, los medios y el poder	197

1.	El espacio público y el nuevo ecosistema comunicativo	199
1.1.	Público activo y flujos multidireccionales de comunicación	200
1.2.	Espacio público y movilización social	201
1.3.	Economía de la atención y sobresaturación informativa	203
2.	Los efectos de la información de WikiLeaks en el espacio público	205
2.1.	WikiLeaks y el periodismo	205
2.2.	Las revelaciones de WikiLeaks. El caso español	207
2.3.	Consecuencias: el poder y los ciudadanos	210
3.	Conclusiones	211

LA EVOLUCIÓN DE LA «OPINIÓN PÚBLICA» Y EL FENÓMENO WIKILEAKS, por Aina Dolores López Yáñez	215
1. El discurso de WikiLeaks en torno a la opinión pública	215
2. Sociogénesis de la opinión pública y de la doctrina liberal	219
3. Análisis teórico del discurso de WikiLeaks	225
4. Sentido histórico del discurso de WikiLeaks	230

WIKILEAKS: LAS PARADOJAS DE LA COMUNICACIÓN Y DE LA TRANSPARENCIA. DE LA AUSENCIA DE NARRADOR A LA INMEDIATEZ DEL TIEMPO, por Víctor Silva Echeto	237
1. Sin relato	237
1.1. Con música de Lady Gaga	239
1.2. Transparencia	241
2. Simulacros	243
2.1. Simulacros y precariedad	245
2.2. El pelo de Aznar y su obsesión por el terrorismo	246
3. Excepción	248
4. Archivos	250
5. Desclasificación	253

WIKILEAKS TAG CLOUD, por Maria Albergamo	257
1. Premisa	257
2. WL: Leaks y EE. UU., un breve <i>excursus</i>	258
3. Los símbolos de WikiLeaks, la clepsidra y el archivo..	260
3.1. «Hiding the act of hiding»	267
4. Transparencias	268
5. Ocultar y desvelar	271
 ENTREVISTA CON ALBERTO ABRUZZESE, por Marcello Serra ...	 279
 WIKILEAKS. DEL ANÁLISIS DEL DISCURSO AL RECUENTO DE BYTES, por Raúl Magallón Rosa	 297
Introducción	297
1. Cronología del <i>Affaire</i> WikiLeaks/Assange	298
1.1. Cronología del <i>affaire</i> Assange/WikiLeaks ...	300
2. Las distintas perspectivas y análisis. Una breve bi- biografía.....	303
2.1. WikiLeaks como organización («sin estado»).	303
2.2. Julian Assange y el derecho a la biografía	305
2.3. Consecuencias de WikiLeaks	305
2.4. Su relación con el periodismo	306
2.5. Secreto y transparencia. En torno a las filtra- ciones	307
2.6. Privacidad y seguridad	308
2.7. La diplomacia estadounidense	309
2.8. El cambio de paradigma en la Teoría de la Información	310
3. Perspectivas de futuro	312
 ANEXO. ¿Quién estuvo detrás de la edición de <i>Collateral Mur- der?</i>	 321
<i>Collateral Murder (Full version) / Asesinato colateral (versión completa)</i>	324

INTRODUCCIÓN

007 contra el Dr. Assange*

Soy conocido, sobre todo, por mi notoriedad.

ANDY WARHOL

Per tenere i popoli a freno, di nemici bisogna sempre inventarne, e dipingerli in modo che suscitino paura e ripugnanza.

UMBERTO ECO

El 7 de diciembre de 2010, Julian Assange, conocido *hacker* australiano y rostro visible del movimiento WikiLeaks, era detenido en Inglaterra a petición de la fiscalía sueca, acusado de violación en el país nórdico. Pese a la negación de los hechos por

* El presente volumen se inscribe dentro del proyecto de investigación I+D «El fenómeno WikiLeaks en España: un análisis semiótico y mediológico» [REF. CSO 2011-23315], dirigido por Jorge Lozano Hernández (UCM). En su elaboración, junto a los trabajos provenientes de dicho proyecto de investigación —dato puntualmente indicado al inicio del artículo correspondiente en nota al pie—, se han incorporado trabajos explícitamente escritos para la ocasión por investigadores de la Universidad de Valencia (Manuel de la Fuente, Guillermo López, Luis Veres y Víctor Silva Echeto), del CEU San Pablo de Valencia (Miguel Catalán) y de la Universidad de Sevilla (Juan Carlos Fernández Serrato).

parte de Assange y de su denuncia sobre la presión ejercida por las autoridades estadounidenses para conseguir posteriormente su extradición, el proceso siguió su curso, lo que llevó al protagonista de esta suerte de *thriller* hollywoodense a pedir asilo en la embajada londinense de Ecuador, donde aún permanece cuando escribimos estas páginas.

La historia contenía, de entrada, todos los ingredientes típicos de un film de espías, con la imprescindible dosis de sexo y violencia así como la participación de actores de reparto en el papel de bien entrenados miembros de los servicios secretos occidentales, circulando como cameos por los previsibles avatares dignos de una aventura de James Bond. Lo malo es que no se trataba de una película sino de una historia real, aunque su presentación mediática tomase prestada del imaginario filmico la necesidad de simplificar la anécdota argumental, con la consiguiente división entre buenos y malos, por mucho que sea complicado decidir quién se coloca en cada campo del binomio.

WikiLeaks había saltado a la luz pública como una plataforma justiciera donde un renacido Robin Hood, aunque ya lejos del bosque de Sherwood, y no armado con un arco y unas flechas sino con un ordenador conectado a la red, se había atrevido a robar a los gobiernos de los países ricos sus más preciados tesoros, habida cuenta de que los secretos de Estado equivalen al oro en la sociedad de la información. Su intención, explícitamente expuesta en la página web de la organización, no era la de comerciar con ellos ni la de ofrecerlos al mejor postor. El nuevo Robin Hood y sus huestes no se presentaban como chantajistas sino como líderes de una revolución tendente a cambiar las reglas del juego, mostrando en público las vergüenzas de países supuestamente democráticos, poniendo al descubierto su hipocresía y mendacidad, la doble moral y las miserias que caracterizan los entresijos más reservados del juego político en la escena internacional.

La reacción no se hizo esperar. El fenómeno del *Cablegate*, como muy pronto fue bautizado, parecía representar el fin de una era, en la medida en que no solo transfería al dominio público textos oficialmente reservados, sino que también dejaba ver el funcionamiento

en acción de los agentes gubernamentales, con sus discusiones, sus errores, sus maneras de negociar y su toma final de decisiones, como si invitase a mirar por el ojo de la cerradura lo que ocurre en la intimidad de una habitación. En otras palabras, se desmontaba así el estatuto abstracto del Poder, al mostrar el verdadero rostro, humano, vulnerable y concreto que suele haber tras la imagen compacta y descorporeizada que tenemos de él. Como en *El mago de Oz*, WikiLeaks ayudaba a dejar en evidencia la fragilidad de un dispositivo cuya fuerza había residido hasta entonces en la opacidad de su funcionamiento. El panóptico de que hablara Foucault, Gran Hermano a través del cual el Estado podía gestionar sistémicamente el control de los ciudadanos, quedaba invertido y era el ojo público el que ahora podía empezar a conocer cómo funcionan las cloacas del Estado de derecho, adquiriendo de ese modo la capacidad potencial para cuestionar, no solo los métodos de aquel, sino, más radicalmente, su pretendida legitimidad. Los gobiernos implicados, arrogándose el papel de víctimas y amparándose en la razón de Estado, se alzaron de inmediato en armas (jurídicas, penales y mediáticas) para detener la hemorragia de datos reservados en nombre de la seguridad nacional¹.

La virulencia e inmediatez de esta estrategia parecían dar la razón a quienes, como Derrick de Kerckhove, subrayaban la irreversible tendencia a la transparencia producida por el carácter globalizador de la red:

WikiLeaks ha revelado la irreversible tendencia a la transparencia que caracteriza la cultura de la red, fuente cada vez más determinante de la definición de nuestro inconsciente y asimismo lugar del salir a la luz. Sea cual sea la primera fase de publicación para determinadas revelaciones, estas viajan por la red hacia la más amplia difusión posible. Y, sobre todo, implican a una opinión pública creciente. Tradicionalmente

¹ Cf. el documento basado en las discusiones del Global Agenda Council on Geopolitical Risk en Dubai, en noviembre de 2012, titulado *The Vulnerability of Elites: Geopolitical Risk in 2013*, http://www3.weforum.org/docs/WEF_GAC_GeopoliticalRisk_2013.pdf (consultado el 30 de septiembre de 2013).

restringida a cuestiones locales, la opinión pública en nuestros días se ha convertido en global, como han demostrado WikiLeaks y las revoluciones en los países árabes. Facebook fue protagonista de la primera revolución de Túnez y Twitter, de la egipcia. La obra de Assange ha fijado un punto de no retorno para las democracias de todo el mundo².

La importancia concedida a los poderes de la red en discursos como el que acabamos de citar plantea, ciertamente, numerosos y decisivos interrogantes cuyo corolario podría sintetizarse en una sola pregunta: ¿la inversión del panorama fabulado por George Orwell, con un Gran Hermano potencialmente sometido ahora a vigilancia, crítica y cuestionamiento por los mismos ciudadanos a quienes se suponía que estaba destinado a controlar, significa que nos encontramos ante la emergencia de un nuevo paradigma en los regímenes de visibilidad?

El conjunto de interrogantes que pone en juego la pregunta anterior es múltiple y complejo. En primer lugar, nos obliga a reflexionar sobre la relación entre secreto, transparencia y opacidad, con todo lo que esta tríada implica de análisis de cuestiones de ética pública, responsabilidad ciudadana y razón de Estado, y ello no solo en términos semióticos y discursivos, sino también políticos en sentido estricto. En segundo lugar, exige clarificar, entre otras cosas, la función del

² «WikiLeaks ha rivelato l'irreversibile tendenza alla trasparenza che caratterizza la cultura della rete. La rete, fonte sempre più determinante della definizione del nostro inconscio, è anche il luogo del venire alla luce. Quale che sia la prima fase di pubblicazione per determinate rivelazioni, esse viaggiano in rete verso la più ampia diffusione possibile. E, soprattutto, coinvolgono un'opinione pubblica crescente. Tradizionalmente ristretta alle questioni locali, l'opinione pubblica dei nostri giorni diviene globale, come hanno dimostrato WikiLeaks e le rivoluzioni nei paesi arabi. Facebook è stata protagonista della prima rivoluzione di Tunisi e Twitter in quella egiziana. L'opera di Assange ha segnato un punto di non ritorno per le democrazie di tutto il mondo.» Cf. Derrick de Kerckhove, *Riflessioni su WikiLeaks*, de 12 de junio de 2012, en http://www.scuoladiculturapolitica.it/sitoSCP2011/bibliografia/Modulo5-Derrick_DeKerckhove-doc1.pdf (consultado el 30 e septiembre de 2013).

archivo. Cuando se trata, como es el caso, de miles y miles de documentos, imposibles de gestionar por su misma sobreabundancia, ¿hasta qué punto podemos hablar de acceso a la información? Es fácil perderse en un bosque de materiales, en gran medida dispersos, sin una brújula que vaya guiando el camino. Pero para establecer una guía es necesaria una visión global, que solo podría darse a través del trabajo coordinado de un equipo cada vez mayor de expertos en análisis textual capaces de descifrar y sistematizar una cantidad ingente de datos que diariamente aumentan en variedad y tamaño. ¿Dónde empieza la información cuando la sobreinformación impide su correcto procesamiento? Ello hace del trabajo de selección y filtrado un paso donde la mediación, retórica e institucional, no puede ser considerada como un mero trámite carente de efectos porque implica, de suyo, no solo hipótesis teóricas de interpretación, sino intereses políticos concretos. Si esos equipos requieren personal especializado y dicho personal suele encontrarse entre la gente de la profesión periodística (que, por regla general, no se limita, obvio es, a quienes escriben y opinan en la red), ¿cómo distinguir entonces entre fiabilidad de la supuesta independencia y transparencia internáutica y las servidumbres de los grandes consorcios mediáticos?

De hecho, el colectivo WikiLeaks recurrió a cinco grandes periódicos de la prensa tradicional para dar a conocer *urbi et orbe* parte de un material cuya consulta ya era asequible en un servidor al que tenía acceso todo aquel que se conectase a sus contenidos. Las contradicciones que se desprenden de esa decisión son más que evidentes. Si se trataba de construir una alternativa a la circulación de las noticias en los medios impresos establecidos, acusados de estar controlados por grandes grupos económicos globales, ¿por qué acudir a su (aún) persistente, aunque debilitada, credibilidad para justificar la validez de esta suerte de bomba informativa? ¿O se trataba más bien de naturalizar una nueva cibermercancía?

Es cierto que, en este contexto, la ambigüedades asociadas a la noción de ciberterrorismo y las leyes y medidas creadas *ad hoc* para combatirlo han generado una suerte de Estado de excepción permanente donde, con la excusa de defender el Estado de derecho,

se considera perfectamente legítimo encarcelar a Bradley Manning o acusar a Julian Assange y Edward Snowden y, al mismo tiempo, reclutar ejércitos de *hackers* con la finalidad de controlar todo lo que circula por la red. Como si espiar de manera ilegal a no importa qué ciudadano, incluso aunque se tratase de un jefe de Estado (el ejemplo de Dilma Rousseff resulta paradigmático), estuviese justificado para el gobierno de EE. UU. y, por el contrario, denunciarlo públicamente fuese un delito de lesa humanidad.

El 6 de octubre de 2013, un artículo de *El País*³, publicado en la sección de Internacional, informaba de la creación, por parte del gobierno británico de David Cameron, de un cuerpo de reservistas para formar un Ejército cibernético. Tal y como subrayaba al anunciarlo el ministro de Defensa, Philip Hammond, la misión de dicho ejército no era solo defenderse de un ataque cibernético, sino también ser capaz de lanzar sus propios ataques en el ciberespacio.

Habida cuenta del impacto negativo que supuso para los ciudadanos del Reino Unido el conocer los datos filtrados por Edward Snowden a *The Guardian* acerca de la penetración de los servicios secretos británicos en las redes privadas, así como su colaboración con los servicios secretos estadounidenses, Hammond confirmó que ese ejército de reservistas trabajaría junto a las fuerzas regulares «para proteger redes críticas de ordenadores y salvaguardar datos vitales» y pasó a justificar la medida con las siguientes palabras:

En respuesta a la creciente amenaza cibernética, estamos desarrollando una cibercapacidad de espectro total, incluida la capacidad de atacar, para mejorar la gama de capacidades militares de Reino Unido [...] Estamos invirtiendo una parte cada vez mayor de nuestro presupuesto en capacidades de alta calidad como herramientas cibernéticas, de inteligencia y de vigilancia para mantener la seguridad del país [Oppenheimer 2013: 6].

³ Walter Oppenheimer, «Un ejército de *hackers* al ataque», pág. 6.

En ese sentido, es sintomática la potestad de que hacen gala los Estados (con EE. UU. a la cabeza) de repartir a su gusto los papeles de héroes y villanos. Según una lógica muy predeterminada, prefieren el blanco y negro a la inmensa gama de grises cuando se trata de juzgar las verdaderas razones de sus actos. Esa injerencia del Estado en la vida cotidiana de los ciudadanos permite pensar los modos de interferir en el funcionamiento de la opinión pública y de los medios que la conforman (desde los propiamente informativos, escritos o audiovisuales, hasta los que se dedican a la fabricación y distribución de productos fílmicos o televisivos). ¿Cómo separar los datos fiables de los bulos, si a menudo el circuito cerrado de las noticias se retroalimenta mediante la autorreferencialidad? ¿Ha empezado a cambiar radicalmente el mundo de la información tal y como lo hemos conocido? ¿De qué es síntoma o ejemplificación el fenómeno WikiLeaks? Puestos a elegir como referente, ¿a quién se nos propone como verdadero representante del Estado de derecho, a Robin Hood o a James Bond?

1. ONCE UPON A TIME SKYFALL

En 1946, recién acabada la Segunda Guerra Mundial, cuando comenzaba ese largo período de supuesta democratización del mundo occidental cuyos estertores estamos viviendo en la actualidad, el prolífico cineasta George Sherman dirigía un film de aventuras (el quinto de los seis producidos en ese año) con un personaje que aparecía como el hijo del famoso Robin Hood. Para protagonizarla eligió al actor de origen húngaro, Cornel Wilde. La película, *The Bandit of Sherwood Forest* (*El hijo de Robín de los Bosques* en su versión española), basaba gran parte de su atractivo en el físico y en la capacidad atlética de su protagonista (como antes había ocurrido con Douglas Fairbanks y Errol Flynn y más tarde ocurriría en las versiones con John Derek, Kevin Costner o Russell Crowe). Al mismo tiempo y casi en los mismos años, Ian Fleming creaba otro héroe, en apariencia similar, James Bond, solo que esta vez su heroicidad no estaba al servicio de quienes sufren las atrocidades

del poder sino de Su Majestad, es decir, del poder mismo. No deja de ser curioso que ambas tipologías acabasen fundiéndose en la imagen icónica de un mismo actor, Sean Connery, el agente 007 filmico original y el Robin crepuscular de *Robin y Marian* (Richard Lester, 1976). Es como si disolviéndose uno en otro, el papel heroico se centrara en lo sucesivo en James Bond, esto es, en considerar como héroe contemporáneo a quien defiende con su vida y su actividad como agente secreto el *status quo*. En ese sentido, la aparición de unos nuevos Robin Hood tales como Julian Assange, Bradley (Chelsea) Manning y Edward Snowden en este principio de milenio necesitaba de una inmediata reubicación de los valores que estos representaban en el imaginario popular. Si en un contexto como el de los años cuarenta del pasado siglo, aún podían apoyarse positivamente una figura y una práctica como las del arquero del Bosque de Sherwood, su emergencia en la situación geopolítica actual implicaba un peligro. Se hacía necesario clarificar cuál era el héroe bueno y cuál el villano y de nuevo la maquinaria del cine de Hollywood supo dar cobertura a la situación.

Érase una vez *Skyfall*. Con su estreno en octubre de 2012, se cumplían cincuenta años desde que la saga de James Bond viese la luz en 1962 con *Agente 007 contra el Dr. No* (*Dr. No*, Terence Young). Dirigida por Sam Mendes y con guión de John Logan, Neal Purvis y Roben Wade, la última entrega de la serie viene a representar, además de uno de los más emblemáticos ejemplos ideológicos del cine de Hollywood actual, un curioso punto de inflexión en el conjunto de la saga; aspectos ambos cuya interrelación aborda brillantemente Juan Carlos Monedero en «*Skyfall*: James Bond al servicio secreto de los neocon. ¿Qué es el Estado?»⁴.

A la hora de responder a la pregunta que plantea su mismo título, hay que hacer las cuentas con el (¿aparente?, ¿real?) cambio de escenario que se ha producido. En efecto, como indica Monedero, si bien James Bond *antes* era un espía con licencia para matar, *ahora* es un

⁴ «*Skyfall*: James Bond al servicio secreto de los neocons. ¿Qué es el Estado?», en Pablo Iglesias Turrón, ed., *Cuando las películas votan. Lecciones de Ciencias sociales a través del cine*, Madrid, Catarata, 2013, págs. 33-46.

asesino con licencia para espiar. La necesidad de este desplazamiento de funciones corre en paralelo a la emergencia del nuevo enemigo de Bond y, por extensión, de todo Occidente: ni más ni menos que el ciberterrorismo, la difusión de información reservada a través de las redes sociales por jóvenes expertos en cuestiones informáticas que ponen en riesgo el orden social al entregar a los ciudadanos los secretos que roban a los gobiernos. Y todo ello en un contexto como el actual, en el que el programa de máximos del neoliberalismo político campa por sus respetos y al que el film da oportuna cobertura ideológica.

Skyfall retoma con eficacia el esquema de una saga que siempre ha hecho saltar por los aires al Estado de derecho: James Bond tendrá que pelear contra un peligroso enemigo y su camino hacia el triunfo final estará jalonado por derrotas momentáneas. Su victoria sobre ese malvado estructural que, sin duda, no merece otra cosa que morir, no incluirá en ningún momento la necesidad de un juicio que determine la culpa de este último. Frente a Bond encontraremos a un Javier Bardem teñido de rubio y de un parecido físico más que evidente con Julian Assange, el rostro emblemático de WikiLeaks. La supuesta muerte de 007 al inicio de la película —Bond es alcanzado por el disparo de uno de sus propios compañeros de los servicios de inteligencia británicos, el M16, mientras cumple con su deber en una misión— abre, metafóricamente, el espacio necesario sobre el que Juan Carlos Monedero centra la clave ideológica del film: el diálogo que Bond mantiene con su enemigo (Raoul Silva, el latino malvado al que interpreta Bardem), después de que este último capture a 007 en la isla donde ha instalado su propio cuartel general:

«Inglaterra, el Imperio, el M16... Vives en unas ruinas, amigo», le dice el villano Silva. Y le ofrece lo único que, al parecer, pueden ofrecer los que no comparten la vigencia de «Inglaterra, el Imperio, el M16»: ¿Qué quieres hacer?, le ofrece el diablo tentador al Bond que fue traicionado por sus jefes. ¿Parar un satélite de comunicaciones para espiar a los insurgentes de Kabul? ¿Acabar con una multinacional manipulando sus acciones? ¿Hacer que el mejor postor gane unas elecciones en Uganda? [...] La oferta de Silva es claramente «antisistema». Al fin y al

cabo, ¿no son estas las tareas tradicionales de quienes adversan el modelo vigente? Pero James Bond, a quien no se le escapan los problemas actuales del mundo occidental, contesta a la pregunta de cuál es su «pasatiempo» diciendo: «La resurrección». He aquí el motivo principal de la película: el mundo de ayer se está hundiendo y parte de la culpa la tiene el propio sistema: tiene que morir para que pueda resucitar (2013: 37-38).

La muerte metafórica de 007 (que muere al ser abandonado por el Estado de derecho cuando a pesar de los riesgos que entrañaba, la orden de la directora del M16 al compañero de Bond es tajante: «Haz el maldito disparo», dice «M», y la bala lo alcanza) posibilitará una —igualmente metafórica— resurrección. Como consecuencia de un atentado en la sede del M16 y ante la visión de los sarcófagos de sus compatriotas envueltos en la bandera, Bond decidirá regresar y dar caza a las ratas —el propio Silva se define como una rata— en las cloacas del sistema. La batalla final de ese regreso se librará en *Skyfall*, la noble hacienda escocesa de la familia de Bond quien, huérfano desde niño, ahora recuperará el viejo rifle de caza de su padre y acabará con la vida de Silva con un simple y tradicional cuchillo. La fuerza de las viejas maneras, contra la que nada podrán ni los potentes helicópteros ni las sofisticadas armas de los malvados ciberterroristas, queda perfectamente plasmada en el poema de Tennyson que «M» recita a modo de epitafio propio:

Aunque mucho perdimos, aún nos queda mucho;
y aunque ya no seamos la fuerza que movía
antaño cielo y tierra, somos los que somos:
una invariable voluntad de heroicos corazones,
debilitados por el tiempo y el destino, mas fuertes en su afán
de luchar, de buscar, de hallar, y no rendirse⁵.

⁵ Tho' much is taken, much abides; and tho' / We are not now that strength which in old days / Moved earth and heaven, that which we are, we are; / One equal temper of heroic hearts, / Made weak by time and fate, but

«M» también morirá en *Skyfall* para renacer, metafóricamente, haciendo posible la garantía de un orden futuro: el nuevo director de los servicios secretos entregará una nueva misión a Bond quien, al final de la película y bajo la bandera británica ondeando, contempla la ciudad desde lo alto de la sede del M16. En efecto, como señala Monedero al final de su artículo, Occidente puede estar tranquilo: Bond ha regresado pero... ¿podrá estarlo quien no encaje en sus patrones?

La respuesta a esa pregunta parece ser negativa, considerando, sin ir más lejos, casos como el de Julian Assange, recluso desde hace más de un año en la embajada de Ecuador en Londres para evitar ser extraditado a los Estados Unidos, o el del soldado Manning quien, a sus 25 años de edad, disfruta de una condena de 35 años de prisión por haber puesto al descubierto, a través de WikiLeaks, las violaciones de derechos humanos cometidas por el ejército estadounidense en el cumplimiento de una política agresivamente imperialista, o el de Edward Snowden, de 30 años, perseguido por filtrar a *The Guardian* las prácticas de espionaje del gobierno de EE.UU.

Como señala Edwy Plenel en el artículo «Contra el estado de excepción»⁶, a raíz de este último caso, lo que en realidad está en juego es un problema que nos concierne a todos, y ello es:

[...] la extensión del estado de excepción bajo una apariencia democrática tomando como coartada la *Patriot Act* o Ley Patriótica, puesta en marcha en Estados Unidos en el otoño de 2001 supuestamente para luchar contra el terrorismo. La batalla para hacer retroceder esta situación se juega aquí, en Internet. [...] Como suele ocurrir en los tiempos de transición (al estilo de lo que fue el Renacimiento europeo, tiempo tanto de apertura como de cerrazón, de guerras oscuras y pensamientos liberados, de invenciones y de destrucciones),

strong in will / To strive, to seek, to find, and not to yield (Alfred Tennyson, *Ulysse* (1842), vv. 65-79 [Traducción de Jenaro Talens].

⁶ Edwy Plenel, «Contra el estado de excepción», *Tinta libre*, núm. 6, septiembre 2013, págs. 20-22.

nuestra era digital está en la encrucijada de su destino. Todavía duda entre la llegada de un nuevo espacio público, donde toma forma una democracia reencontrada y reinventada, y la emergencia secreta de un mundo orwelliano sospechosamente indistinto y vigilado permanentemente (Plenel, 2013: 20).

En el contexto de esta encrucijada, y desde su emergencia en los medios de comunicación internacionales en 2010, el fenómeno WikiLeaks ha suscitado múltiples reflexiones y un vivo debate en torno a la existencia de un ¿posible cambio de paradigma? en los regímenes de visibilidad de nuestras sociedades capitalistas globalizadas; un cambio de paradigma del que la propia existencia de WikiLeaks sería el síntoma y cuyas huellas —reales o potenciales— podrían rastrearse no tanto en los contenidos revelados a través de las diferentes filtraciones, sino en las significativas mutaciones que, como consecuencia, habrían tenido lugar en el plano de las formas.

2. LOS ÁRBOLES NO DEJAN VER EL BOSQUE

Como afirma Nathalie Heinich en su documentado *De la visibilité*⁷, durante mucho tiempo, a lo largo de la historia de la humanidad, la celebridad no pasaba necesariamente por lo visible del rostro o el nombre en el espacio público, sino por la fama o, lo que es lo mismo, por la difusión del nombre y las leyendas urbanas asociadas a él. Andy Warhol —recuérdese la frase citada como exergo al comienzo de estas páginas— se decía conocido, fundamentalmente, por su notoriedad, no por su trabajo, o lo que es lo mismo, era consciente de poseer una identidad social construida en el imaginario popular por la mera circulación de su nombre y las leyendas urbanas creadas en torno a él. En gran medida, el fenómeno WikiLeaks, y su cabeza visible, Julian Assange, son también conocidos por la fama que ha acompañado desde su salida a la luz pública su actividad. Sin em-

⁷ *De la visibilité. Excellence et singularité en régime médiatique*. París, Gallimard, 2012, págs. 87 y sigs.

bargo, si nos detenemos a analizar el fondo de la cuestión, tendremos que aceptar, como muy oportunamente ha planteado Umberto Eco⁸, que el fenómeno WikiLeaks no pasa de ser un escándalo tan solo aparente en el plano de los contenidos; en definitiva, el estatuto secreto de la información revelada al dominio público mediante las filtraciones no dejaba de ser el de un «secreto a voces»; es decir, el propio de una información reservada cuya existencia se daba por hecha en el imaginario colectivo y que ahora aparecía desprovista de esa inicial condición opaca. Debido a esta circunstancia, el escándalo ha resultado no ser tal en el plano de los contenidos. Desde los devaneos eróticos de Berlusconi, pasando por la financiación ilegal de los partidos o el enriquecimiento ilícito de algún miembro de la realeza, nada de lo que esta supuestamente revolucionaria modalidad de desenmascaramiento corroboraba era, en esencia, nuevo. Sacar a la luz *emails*, anotaciones privadas, cables diplomáticos o grabaciones audiovisuales no descubría, a la postre, nada que no se supiera o se sospechara ya con antelación. No lo descubría, en sentido estricto, pero sí lo ponía al descubierto, cambiando el estatuto de rumor más o menos fiable por el de dato explícito.

Por el contrario, sí es cierto que en el plano de las formas la cuestión se altera completamente, al poner en escena un cambio radical en la circulación del poder, de manera que nadie, sea en el ámbito particular o en el ámbito público, y menos aún ningún gobierno, podrá salvaguardar en el futuro áreas secretas si sigue depositando la custodia de sus archivos en la red. Como explica Eco, a día de hoy la profecía de George Orwell se ha cumplido cabalmente, en la medida en que cada ciudadano se ha convertido en víctima absoluta del ojo de un omnipresente Gran Hermano, capaz de monitorizar todos y cada uno de sus movimientos: desde las transacciones llevadas a cabo, los hoteles visitados o las autopistas recorridas a través de sus tarjetas de crédito, hasta la presencia en el supermercado a través de las tele-

⁸ Umberto Eco, *Costruire il nemico ed altri scritti occasionali*, Bologna, Bompiani, 2011, especialmente el capítulo «Riflessioni su WikiLeaks». [Hay versión española, *Construir al enemigo*, traducción de Helena Lozano, Barcelona, Lumen, 2012, págs. 301-308, por la que citamos].

visiones de circuito cerrado, etc. El control que parecía ser invención de los guionistas hollywoodenses —desde la trilogía de Jason Bourne a las docenas de continuadoras de su universo conspirativo— ha resultado ser real. Sin embargo, la emergencia de WikiLeaks implica un giro decisivo en la circulación de ese poder omnímodo, en la medida en que tanto su distribución como su ejercicio han dejado de ser unidireccionales para pasar a ser circulares. El Gran Hermano puede, a su vez, ser visto por aquellos a quienes ve:

[...] ahora se demuestra que ni siquiera los cuartos oscuros del Poder pueden escapar a la monitorización de un pirata informático, y, por lo tanto, la relación de monitorización deja de ser unidireccional y se vuelve circular. El Poder controla a todos y cada uno de los ciudadanos, pero cada ciudadano, o en su lugar el pirata que se erige en su vengador, puede conocer todos los secretos del Poder [Eco, 2012: 304-305].

En efecto, si como afirmaba Foucault, el dispositivo panóptico permitía al Estado la vigilancia sistemática de los ciudadanos, el hecho —esta vez sí, totalmente nuevo— de dejar al descubierto, no tanto la lógica, cuanto los pormenores de su aplicación concreta en momentos concretos, puede producir interferencias nada deseables para el *status quo*. Si el proceso de análisis de datos, de elaboración de estrategias de actuación, de toma de decisiones —sean o no correctas o erróneas en la práctica *a posteriori*— se hiciese con luz y taquígrafos, el poder efectivo de las instituciones políticas (por principio basado en la presuposición de que *saben lo que hacen*, una presuposición difícil de cuestionar cuando se basa en funcionamientos a puerta cerrada) quedaría a merced del juicio de la ciudadanía.

El gran gurú de las nuevas tecnologías, Nicholas Negroponte⁹, había pronosticado un cambio radical en las estructuras de poder, gracias a la democratización aportada por la existencia de internet. La aparición de la Web 2.0 y de sus manifestaciones (redes sociales, Twitter, Facebook, etc.), parecería ahondar en ese

⁹ Nicholas Negroponte, *Being Digital*, New York, Knopf, 1995.

pronóstico. La realidad, sin embargo, ha ido en sentido contrario, como ha mostrado con absoluta contundencia Evgeni Morozov en su *The Net Delusion. The Dark Side of Internet Freedom*¹⁰.

En idéntica dirección se expresaba en un artículo publicado en el diario *El País*, el 22 de mayo de 2012¹¹, donde escribía:

Mientras Hillary Clinton se complace en hacer discursos en los que quiere aparecer como la mayor defensora mundial de la «libertad de internet», la cruda realidad es que su mayor enemigo es su propio gobierno. Dada la interminable corriente de leyes draconianas sobre *copyright* y seguridad cibernética procedentes de Washington, ese hecho está siendo cada vez más difícil de ocultar al público de todo el mundo, que empieza a preguntarse por qué los diplomáticos norteamericanos siguen criticando a Rusia o China pero no dicen nada sobre la impresionante operación de espionaje online que la Agencia Nacional de Seguridad está montando en Utah. Ni tampoco objeta el Departamento de Estado el que sus aliados promuevan leyes de vigilancia; sirva de ejemplo el Reino Unido y sus proyectos de legislación al respecto. La «*Internet freedom agenda*» norteamericana, es, en el mejor de los casos, inocua, y, en el peor, contraproducente, ya que, al hacer demasiado hincapié en la promesa liberadora de los medios sociales en los regímenes autoritarios, oculta una buena cantidad de emergentes amenazas nacionales que nada tienen que ver con dictadores y sí mucho que ver con la vigilancia agresiva, la privacidad menguante y la asombrosa codicia de Silicon Valley [Morozov, 2012].

¹⁰ Evgeni Morozov, *The Net Delusion. The Dark Side of Internet Freedom*, New York, Public Affairs, 2011, especialmente los capítulos 3 (Orwell's Favorite Lolcat, págs. 57-84), 6 (Why The KGB Wants You To Join Facebook, págs. 143-178) y 9 (Internet Freedom And Their Consequences, págs. 245-274) [Hay versión española de Eduardo G. Murillo, *El desengaño de internet. Los mitos de la libertad en la red*, Barcelona, Destino, 2012].

¹¹ «La ambigüedad de la libertad de internet», en *El País*, 22 de mayo de 2012.

Un ejemplo claro lo exponía el mismo analista en su artículo publicado en el *Frankfurter Allgemeine* el 14 de agosto¹². En dicho artículo, el teórico bielorruso se preguntaba abiertamente si no estábamos ante una reformulación del tema stevensoniano del Dr. Jekyll y Mr. Hyde, al presentarnos como ejemplo la relación entre las empresas que fabrican programas para solucionar problemas de seguridad en la red (la llamada *IT Sphere*) y el estamento militar. Lo hacía de una manera gráfica, mostrando dos imágenes simultáneas del mismo personaje, uno de los más poderosos hombres del planeta, Keith Alexander, director de la NSA (National Security Agency, la agencia denunciada, precisamente, por Edward Snowden). En la foto de la izquierda, Keith Alexander aparece vestido de manera *casual*, con una camiseta de la organización de derechos civiles Electronic Frontier Foundation, durante la conferencia DEFCON 2012¹³, a la que acudió para reclutar *hackers*. La foto de la derecha nos lo muestra vestido de uniforme:



© HACKERPHOTOS.COM / WIN MCNAMEE

¹² «The Price of Hipocresy», *Frankfurter Allgemeine* (Feuilleton), 14 de agosto de 2013. En <http://www.faz.net/-hur-7bguu> [consultado el 27 de septiembre de 2013].

¹³ DEFCON es una de las más grandes y concurridas convenciones anuales de *hackers* que se celebran desde 1993 en Las Vegas, Nevada, a la que suelen acudir tanto profesionales de la seguridad informática como periodistas, abogados y empleados gubernamentales.

Este estado de cosas ha generado efectos significativos en distintos ámbitos, efectos tales que permitirían rastrear la posible emergencia de ese nuevo paradigma en los regímenes de visibilidad al que antes hacíamos referencia, pero también otros que, en dirección contraria, nos hablarían de una emergencia más aparente que real. Entre los primeros, uno de los ejemplos más ilustrativos quizás sea el de la introducción en las rutinas de trabajo de la prensa tradicional de métodos propios de los colectivos *open source*. Como señalan al respecto Pablo Francescutti, Marcello Serra, Óscar Gómez y Raúl Magallón (2012)¹⁴, ese fue el caso de *The Guardian* que, al colaborar con WikiLeaks, gestionó el *overload* informativo provocado por las filtraciones masivas de 160.000 documentos relativos a gastos de parlamentarios británicos mediante la solicitud a 20.000 de sus lectores de su comprobación. Estos contaron con la supervisión de periodistas del diario y la asistencia de una plataforma informática, de forma que las dinámicas de carácter jerárquico propias de la prensa tradicional se vieron atravesadas, contagiadas, por la horizontalidad de un modelo organizativo abierto al intercambio y a la contribución colectiva.

Hechos como este, relativos a las relaciones entre viejos medios y prácticas de Internet, y que podrían sintomatizar el cambio operado, se acompañarían, sin embargo, como hemos dicho, de otros que paralelamente reconducirían el proceso iniciado, provocando su «reabsorción» en la correlación de fuerzas. En este sentido, la función de *gatekeeping* fue asumida, desde un principio, por la prensa escrita, que dirigió a la opinión pública, más que interpretando las noticias, seleccionando la información que convenía hacer circular y excluyendo la que se consideraba no pertinente. Habida cuenta de la ingente cantidad de información disponible, es evidente que la capacidad de elegir qué hacer

¹⁴ «El fenómeno WikiLeaks: entre la teoría de la información y la comunicación estratégica», dentro del dossier *Sentidos y estrategias del secreto*, Jorge Lozano, ed., *Revista de Occidente*, núm. 374-375, julio-agosto 2012, págs. 197-211.

público y qué no, devolvía, desde su misma base, el poder a los medios cuyo supuesto sometimiento a las grandes corporaciones se pretendía evitar.

En efecto, la correlación de fuerzas entre los dos polos donde se dirime el destino de esa encrucijada digital en la que nos encontramos (y a la que aludía Plenel: un nuevo espacio público donde toma forma una democracia reencontrada y reinventada y la emergencia de un mundo orwelliano sospechosamente indistinto y vigilado permanentemente) es extraordinariamente dúctil y sometida a constantes procesos de reterritorialización y desplazamiento. En este contexto, por ejemplo, y como pronostica Umberto Eco, es sensato pensar que la inversión del panóptico antes mencionada se acompañará, más tarde o más temprano, de un retorno al espacio de las viejas formas, porque ya no será posible confiar áreas secretas a dispositivos de almacenamiento en Internet, y cualquier tipo de información confidencial tendrá que guardarse bajo llave en algún neceser parecido a los que poblaban las alcobas de los palacios y casas aristocráticas del siglo XVIII, como ocurría en el mundo del *Ancien régime* de *Les liaisons dangereuses*. Por lo demás, no resulta inverosímil que tantos y tan sofisticados programas (de WhatsApp a Line y similares) acaben perdiendo clientela en favor de cuantos aspirantes a correo del Zar busquen corporeizar en pleno siglo XXI a los nuevos Miguel Strogoff.

Como sucedía en *Skyfall*, la resurrección de los guardianes de nuestra seguridad estará servida. Con la conversión de antiguas zonas opacas en espacios de transparencia se generará, simultáneamente, un desplazamiento de esa misma opacidad hacia otros territorios desde los que contrarrestar cualquier posible consolidación de la amenaza de inversión del panóptico. Por ello, el establecimiento de un nuevo régimen de visibilidad en nuestras sociedades deberá encarar de manera mucho más profunda el riesgo de reproducción y absorción. Para ser capaz de hacer frente a los procesos de reterritorialización y desplazamiento, tendrá necesariamente que subvertir los fundamentos sobre los que se asientan nuestras sociedades, esto es, sus mecanismos de control y domi-

nación. En realidad, como señala Alberto Abruzzese¹⁵, pensar el desafío que implica WikiLeaks nos obliga a plantearnos hasta el fondo la cuestión de la Ley:

La pregunta a quienes están a favor y en contra de WikiLeaks es: ¿hasta dónde puede llegar la *violación* de los secretos de Estado? Parece una cuestión pura y abstractamente jurídica. Por el contrario, es la traducción ordinaria de otra pregunta, fundamental, y, precisamente por las resonancias de la palabra, incluso diría que *capital*: la dimensión de las redes ¿es hasta tal punto un factor de desregulación social, de *dépense* institucional, que reduce al caos cualquier solidaridad humana, cualquier religiosidad del mundo? Se pueden dar respuestas banales: es decir, conectadas al sentido común de quién prevé una reincorporación de la euforia digital en el seno de la depresión social. Pero también se puede reconocer algo *todavía* posible para la imaginación que los nuevos medios están hiper-ventilando de manera tan intensa. Los elementos que me gustaría sugerir a quien quiera reflexionar sobre el valor anti-institucional y anti-moderno de las redes provienen de la naturaleza jurídicamente reconocida del Estado en cuanto Soberanía que se apropia de la Violencia humana, con la obligación de utilizarla para el *bien* y la *felicidad* del Ciudadano, último simulacro de un sujeto social que la civilización moderna ha construido sobre el cuerpo de la cultura humanística [...] Dentro del eje de la subjetividad absoluta —soberana sobre el destino de la historia— ha madurado la idea de un progreso de la sociedad civil basado en la conquista y la defensa del carácter universal de los «derechos humanos». De ello se desprende una terrible paradoja: el vínculo profundo e inseparable entre salvaguardia de los derechos humanos y violencia [...] Los principios de solidaridad social sirven de escudo a la voluntad de poder que la tradición moderna a

¹⁵ «WikiLeaks: opacidad y transparencia», en *Sentidos y estrategias del secreto*, ed. cit., págs. 181-196 *passim*.

confiado al ser humano, institucionalmente expurgado, *liberado*, de su violencia y por ello emancipado del derecho a usar la violencia sobre el otro. Este es el sentido de propiedad, la obligación civil, que rige las funciones ordenadoras del Estado, sus políticos, sus empresarios, sus empleados, sus obreros, sus docentes y sus soldados.

¿Los piratas con la vocación de Assange sustraen los secretos del estado y de la propiedad pública y privada (pongamos que así ha sido o que, en breve tiempo, así será realmente) como Prometeo sustrajo el fuego a los dioses del Olimpo? En efecto, dentro de las vanas ilusiones de una cultura de las redes lanzada al rescate de las culturas del Capital está presente también esta idea de purificación y renacimiento a una nueva vida del género humano. Si las redes caen en la ideología del humanismo, hay que dudar de que semejante idea pueda siquiera acercarse a su objetivo, por otra parte tan *clásico* y, por tanto, tan auténticamente moderno [Abruzzese, 2012: 195-196].

Los textos reunidos en el presente volumen no tienen, ni lo pretenden, una respuesta definitiva para las cuestiones hasta aquí planteadas, pero sí buscan señalar ciertos límites a la euforia ilusionada con que la nueva cultura tecnológica sueña con cambiar las cosas. Reflexionar sobre el espacio de insurrección abierto por WikiLeaks implica asumir también el carácter contradictorio que le es constitutivo, así como la necesidad de encarar desafíos mucho más complejos y radicales. Con todo, su gesto de resistencia, vale decir de desobediencia civil frente a los mecanismos de control y dominación de nuestras sociedades, ha servido para remover conciencias con propuestas para la acción. Benditos sean, pues, los insurrectos, porque gracias a ellos la pregunta *¿Qué hacer?* será siempre el comienzo de otro mundo posible.

SUSANA DÍAZ
Madrid, octubre de 2013